

DJF
1984
n.º.

**TEXTOS
FUNDAMENTALES
SOBRE LA
UNIVERSIDAD**

**Movimiento
Gremial
U.C.**

Vemos comparecer en la Universidad, a veces en formas confusamente intensas, los problemas de la política y de la cultura, de la historia, de las ciencias, de la vida religiosa. Pero la responsabilidad de la Universidad no se da en ninguna de esas instancias, por más que constantemente haya sufrido la peligrosísima tentación de volcarse hacia alguna de ellas. Ni la política, ni la vida de la fe y ni siquiera las ciencias pueden aguardar de la Universidad la última palabra. Todas ellas, sin embargo, concurren en este lugar, pero lo hacen para confluir en una misión que la Universidad asume como suya y en función de la cual reúne esos saberes. Esta misión es la formación del hombre en esa dimensión específica suya, que está alimentada por todos esos saberes, pero no confundida con ninguno de ellos. Llamaré a esta dimensión, sencillamente, la inteligencia. Tarea de la Universidad es, por consiguiente, la formación intelectual superior del ser dotado de razón, porque es desde allí que mejor puede servir al bien común como dar gloria a Dios. Esto significa que en la Universidad tiene lugar una cierta institucionalidad de la razón.

JUAN DE DIOS VIAL CORREA, Vocación de la Universidad, Realidad, 1979.

Hay que rescatar la noción de Universidad del sinnúmero de mistificaciones nebulosas con que se la ha ido envolviendo. La tarea propia de la Universidad está en la línea de la educación, y en ella le corresponde una parte vital. La Universidad es el sitio donde se forma a la inteligencia para su ejercicio más riguroso, según una forma de concebir al hombre.

Es claro que la misma noción de lo humano que informa a la educación universitaria, penetrará también por necesidad a todos los niveles de la educación. Pero mientras que en los demás ella puede mantenerse implícita, es en la Universidad donde se la cultiva sistemáticamente y se la incorpora en forma explícita al trabajo intelectual.

Hay que decir enfáticamente que no hay propiamente Universidad, sino una especie de factoría intelectual, allí donde no hay idea educativa.

JORGE MILLAS, La Universidad y su reforma, en "Idea y defensa de la Universidad" Santiago, 1981

Antes que nada la universidad tiene que ser el baluarte del conocimiento inspirado en la verdad y en la libertad y regulado por la discusión crítica y si, a pretexto de cumplir otras misiones que se proclamen exigencias de la época, la universidad traiciona ésta, se destruye a sí misma. Se alcanzarán, posiblemente, otros fines; pero entonces querrá decir que hemos de renunciar a la universidad.

Jamás se habían ofrecido al hombre tan espléndidas expectativas de realizar lo humano, pero jamás tampoco se habían ofrecido tan peligrosas condiciones para desnaturalizar su verdadera condición.

9.- Es esto lo que coloca a la universidad en una situación peculiarísima en nuestra época, y lo que define el sentido concreto de la fórmula abstracta "ser función de su medio y de su tiempo". La universidad, en efecto, tiene ahora que cumplir su tarea de transmitir y desarrollar el saber superior, en el seno de una sociedad técnica de masas. Y es lo que la universidad tiene que admitir como destino inexcusable, respondiendo al desafío de la sociedad de masas. Pero, claro, hay también para la universidad el peligro de que para responder el desafío, puede ella misma ser arrollada por los poderes irresponsables de esta sociedad que, siendo la gran oportunidad del hombre, está dejándola perderse.

Yo creo que es indispensable distinguir entre una universidad de masas y una universidad masificada. La sociedad de nuestro tiempo no puede ser sino una sociedad de masas. Pero la universidad de nuestro tiempo no tiene por qué ser una universidad masificada.

La universidad no puede desentenderse de eso: de preparar a la sociedad de masas para el ejercicio masivo del poder político y del poder en sus otras formas. Tiene que responder al desafío de la sociedad de masas la universidad, saliéndole al paso al ejercicio irresponsable del poder colectivo en nuestro tiempo.

Ahora, en el camino de asumir esta responsabilidad de ser el poder espiritual auténtico, mediante el arma del conocimiento y los valores de la verdad y de la libertad, la universidad se encuentra obstaculizada por muchos peligros. Pero el mayor es aquel a que apunta el segundo miembro de aquella frase que yo quiero evitar que se convierta en frase: el de que ella misma se masifique. Y la universidad se masifica cuando sus miembros dejan de ser individuos; cuando dejan de ser individuos los estudiantes y cuando dejan de ser individuos los maestros. Y dejan de ser individuos unos y otros, cuando renuncian al privilegio y la penuria del pensamiento, que encuentra su origen en el esfuerzo personal y en la virtud moral de poder asumir, en virtud de personalísima convicción, una responsabilidad, sustrayéndose al automatismo a que nos llevan las ideologías y las tiranías de los grupos.

Y hay un síntoma inequívoco de cuándo una universidad se masifica. Ello ocurre al interrumpirse en ella el diálogo racional: cuando ya no se respetan los miembros de esta comunidad unos a otros; cuando ya no se reconoce el derecho a la divergencia, cuando el error de buena fe se convierte en estigma de traición y cuando se invita a la asonada, esto es, al automatismo de una conducta que funciona como un reflejo colectivo, y no como una acción personal. Y esto puede afectar tanto a los estudiantes, como a los maestros y las autoridades universitarias. El diálogo racional dentro de la Universidad queda interrumpido, como todo diálogo, con la violencia y la violencia en la universidad es mucho más grave que la violencia en cualquier otra zona del organismo social. Porque ésta, la universidad, es la única en donde, dadas las condiciones masivas de nuestra sociedad, se pueden salvar los valores del conocimiento y de la individualidad. Es el último refugio que en nuestra sociedad, corrompida o por el mercantilismo o por las ideologías políticas, puede encontrar el libre discernimiento.

La violencia la pueden ejercer los maestros con el dogmatismo, la pueden ejercer los maestros cuando se niegan a reconocer en el estudiante una persona que puede dudar y pedir. Y las autoridades universitarias, cuando utilizan el poder a ciegas, invocando el orden o el principio de autoridad a secas, olvidando las posibilidades de la persuasión y de la comprensión de las situaciones vitales. Pero la violencia también la pueden ejercer los estudiantes. Y hay una forma de poder y de violencia a la que generalmente no se le reconoce el carácter de tal y que es también un abuso de poder y de autoridad: es la asonada estudiantil y la huelga universitaria. También los estudiantes tienen el deber de no interrumpir el diálogo; de sentirse miembros de una comunidad en la cual ocupan una función legítima de responsabilidad y una expectativa legítima de interés, los maestros y las autoridades universitarias.

Pero cuando los estudiantes proclaman que el único modo en que puede funcionar la universidad es según su particular modo de entender los problemas y asumen la actitud de la violencia estudiantil para imponerlo, están también traicionando el espíritu universitario y cavando la tumba del espíritu libre, que es una condición indispensable aún para el gran proceso de transformación social que tenemos por delante como máxima tarea. La nueva sociedad va a necesitar del conocimiento más que nunca, va a necesitar de la responsabilidad individual más que nunca, va a necesitar del espíritu más que nunca. Y es en nombre de la nueva sociedad que yo expongo estas ideas y no añorando el pasado de la sociedad injusta, francamente absurda que hoy se está desmoronando. Es en nombre de la sociedad por venir.

Ahora, la conciencia de estas cosas nos vuelve naturalmente al tema de la reforma universitaria. Pero ello puede verse de otra manera. La reforma ya no puede ser una consigna. La reforma tiene que ser una clara conciencia de problemas. La reforma ya no puede ser una manía como la que se ha venido desarrollando en América, en nuestra América. La manía de cogo-

bierno, por ejemplo, la manía de la no asistencia a clases, la manía de las cátedras paralelas. Si, en realidad, la reforma es una tarea con sentido, ha de orientarse por un sólo objetivo: que la universidad pueda cumplir su misión de cultivar el conocimiento en una sociedad de masas, con cogobierno o sin cogobierno, con libertad de asistencia a clases o sin libertad de asistencia a clases, todo ello según lo indiquen las condiciones concretas del medio. Nosotros no tenemos verdadero cogobierno en la Universidad de Chile y, sin embargo, la Universidad de Chile no se halla impedida de cumplir con su misión. Nosotros no tenemos la libertad académica que tienen las universidades alemanas, en donde los estudiantes apenas necesitan asistir a clases para presentarse periódicamente a exámenes, pero en donde no se gradúan hasta no pasar pruebas severísimas, como son las del examen final y los rigurosos seminarios a que están sometidos. Sin embargo, la universidad alemana ha cumplido históricamente, allí en su medio, su función como en el suyo lo ha cumplido también la universidad francesa, que tiene otro régimen, con mayores exigencias de asistencia y de controles. Yo llamo manía a estas ideas fijas que se suelen apoderar de las gentes, a estos ídolos, a estos fetiches, a cuyo servicio se pone hasta la comprensión de la realidad y el buen sentido. Posiblemente haya universidades a las que convenga el cogobierno. Yo tampoco tengo la manía del anticogobierno. Sólo proclamo la manía contra la manía: la de evitar que uno se automatice hasta el extremo de convertir las ideas en fetiches y de sacrificarlo todo ante ellas.

La misión universitaria, que es el conocimiento en la verdad, está integrada por tres tareas: investigar, enseñar y educar. La investigación para descubrir la verdad, la enseñanza para transmitirla y la educación para incorporarla.

JAIME GUZMAN E., Debate Universitario oportuno, El Mercurio, 18.I.1976

No debe perderse de vista que la Universidad no la hacen preponderantemente ni sus estructuras de organización ni sus autoridades administrativas. Le dan vida y la construyen día a día quienes con auténtica vocación intelectual se abocan laboriosamente a la tarea de enseñar, investigar y aprender. Ahí está la raíz de la vida universitaria, de la cual brota la savia de su verdadera fecundidad.

Ahora bien, en dicha tarea, el aporte de esos académicos de selección que decaen por su talento y su entrega a la Universidad, resulta particularmente inasustentable. Casi podría decirse que para averiguar si detrás del rótulo que la designa como tal, hay o no una verdadera Universidad, tal vez el camino más seguro sea el de analizar si existen efectivamente esos universitarios de calidad superior, y si su actividad puede o no desenvolverse en un clima que les permita tener el peso y la influencia que merecen. Todo lo demás por importante que sea, viene por añadidura.

Esos hombres cuyo trabajo configura el alma de la Universidad, como todas las cumbres, no se dan en abundancia. Por lo mismo, son siempre de muy difícil reemplazo.

La única posibilidad de que sobreviva y se desarrolle una auténtica Universidad, reside en que se protejan la libertad intelectual y el consiguiente derecho a discrepar, y simultáneamente se actúe en forma eficaz para impedir

que ello sirva de instrumento a los que quieren destruir la Universidad, ya sea por la vía de la politización partidista o del totalitarismo marxista.

Como toda tarea compleja que busca el justo equilibrio, no existen para esto recetas automáticas o preestablecidas. Las posturas extremas siempre encuentran fácil presentación en la simplicidad de sus dogmas o en la pasión de su fanatismo. Pero el intento de encontrar el equilibrio de la verdad, que nada tiene que ver con la componenda del

oportunismo o la debilidad, implica aventurarse por una árdua ruta, en la cual no existe más derrotero que la madurez, el tino y el buen criterio.

Un signo hay, sin embargo, para saber si se va por buen camino. Se trata de la mayor o menor identificación que se genere entre el poder universitario institucional, y aquel otro poder que deriva del saber. La misión de la autoridad universitaria oficial consiste precisamente en crear una forma de relación o convivencia adecuada para que el impulso creador de los mejores, se proyecte en sus frutos a todos y cada uno de los miembros de la comunidad universitaria, y a través de ésta al país entero. He ahí el "bien común" de la Universidad. La suprema autoridad moral de la Universidad debe estar siempre radicada en la excelencia académica, y corresponde a toda expresión de autoridad jurídica que en ella exista, el ponerse generosamente a su servicio.

EL MERCURIO, Editorial, 30.11.80

La libertad académica es la inapreciable meta. Pero libertad académica no significa violencia en los claustros ni falta de respeto para la auténtica enseñanza o investigación universitaria. No son libertad el bullicio, el chantaje, el amedrentamiento físico o moral, la demagogia estudiantil o la de los profesores; la falta, en suma, de aquella tranquilidad necesaria para la exploración de los territorios reservados a las ciencias. Varios de los universitarios

chilenos más distinguidos han sufrido, aun antes de 1970, el deterioro de la libertad académica por causa de las ideologías totalitarias en las universidades. Por difíciles que pudieran ser las circunstancias en que algunos académicos trabajan hoy, se diría que no hay comparación alguna con aquellos tiempos de anarquía y desamparo que se vivieron luego de las mal llamadas reformas universitarias.

Sin orden no hay libertad, así como sin autoridad no es concebible el orden de una sociedad. Luego, la exigencia esencial de la vida académica, que es la libertad, no se cumple sin una autoridad regular y efectiva.

Quienes, a pretexto de libertad, propician fórmulas acogedoras del imperio de las mayorías en la Universidad, o desearían que los claustros se plegaran al sentimiento ocasional del alumnado, o que, de una manera u otra, entiendan que la Universidad no se estableció para la ciencia y para la sociedad, sino para las inquietudes revoltosas de algunas minorías, no hacen más que precipitar el fin de la libertad académica, el imperio de la demagogia y el reino de los usurpadores de los principios universitarios. Nuestro país ya ha experimentado la trayectoria fatal que empieza en la falsa libertad demagógica y vocinglera para terminar en el despotismo del miedo o en la mediocridad aplastante.

toda actividad académica, desde los nombramientos de personal y sus remuneraciones hasta la creación de nuevas líneas de estudio exigidas por el estado actual de alguna ciencia, son puntos que deben ser primeramente apreciados por los decanos, directores de departamentos, consejos de facultad o simples profesores e investigadores, por el núcleo intelectual de la universidad. Solamente después de que el problema intelectual y valorativo quede definido deben entrar, como auxiliar indispensable, la estimación y moderación económica y administrativa suficientes para implementarlo. Los planificadores en abstracto no conocen las necesidades concretas del saber.

JUAN DE DIOS VIAL CORREA, U.Católica ha sido foco de vasto movimiento espiritual, El Mercurio, 10.VI.1978

Cuando se inició la reforma universitaria, los más lúcidos de sus personeros plantearon con claridad y valentía el hecho bien sencillo de que la Universidad había llegado a hacerse muy distinta de lo que fue en sus comienzos y requería ahora de principios de manejo diferentes. Por desgracia no hubo igual claridad en cuanto a los fines de la Universidad, a los que se exageró y extendió tanto que se llegó a confundir con los de la sociedad misma, imaginándose que la Universidad era una especie de microcosmos social, que debería ser espejo y modelo para la sociedad toda, gobernada por los principios de una democracia utópica. Pero en esta confusión se desatendían los fines esenciales de la Universidad. Lo importante no es fijar porcentajes de votación y reglamentos de elección, sino encontrar las formas de participación que aseguren la integridad de la función cultural y educativa. La comunidad universitaria no es una multitud; ella no existe por causa de que estemos todos trabajando en la misma institución, sino sólo en virtud de una gran tarea que tenemos en común. Esa tarea debe ser el principio que regule su organización y su existencia.

Lo mismo puede decirse de la exigencia de racionalización, derivada de lo inorgánico del crecimiento universitario en el pasado inmediato, y de las consiguientes estrecheces económicas. Creo que la Universidad debe poner todo de su parte para racionalizar sus funciones: pero hay que tener claridad sobre cuáles son esas funciones. He procurado mostrar cómo esta Universidad ha sido importante para Chile, en la medida en que ella ha sido fiel a su vocación cultural y educativa. Esa es la función sobre la cual debemos ser juzgados.

Por eso, no quiero que nadie se imagine a esta Universidad como un centro de adiestramiento en serie de profesionales destinados a encajar como piezas bien pulidas en la máquina social. Los alumnos ingresados recién a nuestras aulas serán llamados a la plenitud de la responsabilidad en el ejercicio de su función profesional, dentro de diez, quince o veinte años.

Tienen que prepararse para eso, y sólo una formación cabal, amplia y profunda, es garantía de que serán eficaces en situaciones que no estamos en condiciones de prever. Análogamente, creo que nuestra investigación científica debe estar primariamente ordenada a la función cultural y educativa de la Universidad. Si la Universidad ha de seleccionar campos de investigación, ellos deben ser los que presenten el más alto valor formativo para sus alumnos y docentes y para el país en general. El principal fruto "práctico" de esa investigación, será la alta calidad de los técnicos, profesionales e investigadores que la Universidad aporte al proceso social.

JUAN DE DIOS VIAL LARRAIN, El designio histórico de la Universidad, Realidad, 1980.

El riesgo de la identificación —y casi confusión— de la Universidad y la Sociedad, es que la personalidad e iniciativa de la Universidad quede borrada, cortada de sus raíces propias, de tal manera que lo que de ella subsista sea nada más que una planta parásita. Para emplear la fórmula clásica: que la autonomía de la Universidad desaparezca. Y esto puede ocurrir cuando la Universidad se deja llevar por el vaivén social y deja que simples impulsos ideológicos ocupen el lugar del saber intelectual, de la ciencia —o, mejor: sabiduría— de la Universidad, como ocurría en los recientes tiempos de "reforma". O bien cuando se intenta concebir a la Universidad como una cadena de montaje para el mercado profesional regulado por un esquema de costos y beneficios aplicados sin eso que Pascal llamara "esprit de finesse" y, a la vez, "esprit de géométrie". Porque se necesita realmente finura y geometría para entender el sentido de esta institución esencial de una sociedad avanzada.

La formación universitaria, en cambio, no aspira primariamente a esa uniformidad cultural de los ciudadanos, o, al menos de una gran parte de ellos, sino a estimular la libre personalidad de sus estudiantes. De esta diferencia depende precisamente el régimen de responsable libertad que se presupone en ellos, a diferencia del régimen de disciplina que es propio de los niveles pre-universitarios. Así debe ser, en efecto, si se quiere mantener el nivel universitario, aun con todo el riesgo de los fracasos que registramos constantemente a causa de la falta de responsabilidad de muchos estudiantes a los que la nueva libertad puede resultar excesiva. Pero es así. En la universidad es el estudiante el que tiene realmente la iniciativa; el que debe programar su propio estudio, dentro, naturalmente, del cuadro de enseñanzas que la universidad le puede ofrecer; es él el que debe asumir la responsabilidad de sus propias decisiones. Porque, si queremos ser sinceros, lo más importante del estudio universitario es el esfuerzo personal de cada estudiante, y los profesores no podemos aspirar a más que a servir de ayuda a la iniciativa voluntaria de cada estudiante. Como suelo repetirles, siempre que tomo contacto con los de primer año, al empezar el curso: «En la universidad ya no hay *deberes escolares*: se los debe poner el mismo estudiante».

esta libertad que se presupone en el estudiante universitario quiere decir también que la universidad tiende a la selección. Esto es decisivo, en mi opinión, para el recto planteamiento del servicio de la universidad a la sociedad: este servicio debe consistir en la formación de personas que de algún modo puedan compensar el natural gregarismo de la vida social. Puede ser que, si hablamos de gregarismo social, se me replique con la censura de elitismo universitario, pero no sería para mí una censura, sino un correcto reconocimiento de mi punto de vista en este tema, aunque con el uso de una palabra socialmente desacreditada.

Pero la cuestión no está en discutir sobre el elitismo o no, sino en ver si realmente la sociedad tiene un interés objetivo o no en la selección universitaria. Y este problema creo yo que debe plantearse en estos términos: ¿puede atenderse al bien común de la sociedad sin la reserva de personas que no se hallen totalmente dominadas por la misma dinámica social? A esta pregunta mi respuesta es negativa: no puede la sociedad mejorar si no cuenta con personas que no se hallen inmersas en ella, que sean capaces de salir de su mediocridad.

No voy a pretender que la selección universitaria pueda por sí sola liberar a la sociedad de la dinámica inexorable a la que se ve sometida por los progresos de la técnica publicitaria, pero lo que me parece indiscutible es que la universidad no debe contribuir deliberadamente a confirmar esa situación avasalladora, sino que, por el contrario, debe procurar la formación de personas que, por la superioridad intelectual y moral de su formación, constituyan una reserva de luz para una sociedad entenebrecida por el dominio de sus ídolos. El servicio de la universidad a la sociedad está precisamente en esta posible reserva, que, aunque quizá pueda ser insuficiente para alterar totalmente la dinámica social, pueda, al menos, servir de orientación personal, como guía para cuantos tratan de superar la mediocridad del gregarismo social. Es cierto, por lo demás, que los que reciben una formación universitaria, revierten después a una vida social que puede dominarles, pero aquí está el objetivo principal de aquella formación, el hacer posible que en ese momento no se dejen dominar, que sean capaces de superar el ambiente por haber sido convenientemente ejercitados en el uso de la libertad. Este sería el fin principal de la universidad: procurar a la sociedad personas especialmente responsables de su libertad y que sean capaces de resistir personalmente las presiones que dominan a la sociedad, y puedan ayudar a otros a conseguir esa liberación que consiste en preferir el ser al tener.

no es equivocada aquella definición del gran jurista alemán Carl Schmitt que ve la política como discriminación del amigo y enemigo. De hecho, no hay actividad política que no presente este carácter polémico, y el mismo acto del sufragio ciudadano, por no hablar ya de la tensión entre gobierno y oposición, es, en el fondo, una batalla campal, aunque pueda ser incruenta. Por eso mismo, aquellos regímenes que tienden a intensificar la participación política de los ciudadanos conllevan necesariamente una generalización de los antagonismos polémicos; toda la vida social queda entonces como teñida por los condicionamientos del partidismo político, y las conversaciones tienden entonces a convertirse fácilmente en discusiones. Está es una experiencia muy conocida en nuestros días. Y no quiere esto decir, naturalmente, que en los regímenes no-democráticos haya desaparecido esta polémica, sino que en ellos puede encontrarse reducida a pequeños grupos de personas dedicadas a la lucha por el poder, incluso en forma de secretas rivalidades, aunque pueden ser muy crueles y cruentas, entre cortesanos que aspiran al dominio de los pasillos palaciegos. Lo que sí hace la democracia es extender la polemicidad y llenar con ella todos los ámbitos de la vida social: la calle y el hogar, los espectáculos y, naturalmente, la misma universidad.

De cualquier modo que la polémica política se

ejercite, queda siempre dentro de los límites de aquella absolutización de lo relativo. Se manifiesta siempre por más o menos audibles gritos de «viva» y «muera», pero referidos siempre a convicciones poco firmes, que deben suplir su debilidad con la firmeza de una enérgica opción, aunque sea ésta transitoria. Porque es muy propio de la opción política su fácil mutabilidad, puesto que no se funda en una convicción intelectual, sino que es de pura voluntad, cuando no de circunstancial conveniencia, arrebatado pasional, o fugacísima seducción.

Todo este mundo de la opinión apasionada, y que quizá deba serlo para alcanzar el fin pragmático al que la política se dirige, es totalmente extraño a la mentalidad intelectual del universitario. Porque ésta tiende siempre a buscar convicciones de verdad, desapasionadas y definitivas, como es natural que sean las de la ciencia, pero, al mismo tiempo, por el hábito dubitativo que la búsqueda científica conlleva, tiende a evitar las expresiones radicales incluso cuando ha llegado a alcanzar tales convicciones de verdad. En esto consiste precisamente esa nota tan típica del universitario que es la ironía. Nada hay, en cambio, más contrario al asertorismo apasionado y táctico de la política, en la que no cabe ni una sombra de dubitación, que esta actitud irónica que suele adoptar el universitario, incluso cuando cree haber alcanzado la verdad.

CORPORACION UNIVERSITARIA, Doctrina y acción.

HECTOR HERRERA, Una Universidad por dentro, La Nación, 9.XII.83

A ello hay que añadir, además, en nuestro tiempo una politización que aparta a la Universidad de sus fines utilizándola como simple instrumento pasivo de un proceso de sentido y alcance ajenos por completo al quehacer universitario. La Universidad convulsa siempre por agitaciones y huelgas, se convierte así en tierra de conquista de todos los partidos e ideologías, campo de pruebas para la acción de grupos y partidos revolucionarios, dedicados a la conquista del poder, que solo buscan en la Universidad masa para sus pretensiones y caja de resonancia para su minoritaria actuación.

La consecuencia de todo ello es una Universidad atenazada, en lo ideológico por la dialéctica marxista, y en lo académico por los que han conseguido imponer la ley del mínimo esfuerzo para todos, profesores y estudiantes.

Es preciso pues, una renovación del espíritu universitario, para devolver a la Universidad su quehacer y su tarea,

¿Podemos aceptar que se comience a presionar — como lo han venido haciendo impunemente, a lo largo de años, grupos de marxistas en ésta y en otras universidades — a las autoridades, profesores y alumnos, bajo amenaza (bien real, por cierto) de demoler la institucionalidad, la vida académica, la convivencia estudiantil, pervirtiendo los fines propios de la Universidad, destruyendo sus bienes, dilapidando los fondos públicos, en su programada acción, orquestada a nivel internacional, para imponer el co-gobierno universitario con su consabida secuela de interferencia en planes y programas de estudio, de reorientación de carreras, de exigencias de ciertas metodologías, de descalificación de profesores?

JOSE ORTEGA GARCIA, Misión de la Universidad, Madrid, 1962

La sociedad necesita buenos profesionales —jueces, médicos, ingenieros— y por eso está ahí la Universidad con su enseñanza profesional. Pero necesita antes que eso y más que eso asegurar la capacidad en otro género de profesión: la de mandar. En toda sociedad manda alguien —grupo o clase, pocos o muchos—. Y por mandar no entiendo tanto el ejercicio jurídico de una autoridad como la presión e influjo difusos sobre el cuerpo social. Hoy mandan en las sociedades europeas las clases burguesas, la mayoría de cuyos individuos es profesional. Importa, pues, mucho a aquéllas que estos profesionales, aparte de su especial profesión, sean capaces de vivir e influir vitalmente según la altura de los tiempos. Por eso es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esa es la tarea universitaria radical. Eso tiene que ser antes y más que ninguna otra cosa la Universidad.

ALVARO D'ORS, Universidad y Sociedad.

¿Debe la Universidad contribuir, también ella, a ese canje del ser persona responsable por el tener individual, por el individualismo posesivo irresponsable y gregario? —No. La universidad debe contribuir a la formación de la personalidad y no a la masificación. Si la sociedad tiende de propio impulso a la masificación gregaria de la universidad, debe ésta, por su parte, devolver el bien por el mal que recibe, y contribuir a la personalización dentro de la misma sociedad.

JUAN DE DIOS VIAL LARRAIN, La Universidad: esencia y fines.

También la Universidad puede eludir su forma más propia; eludir su destino, eludir su misión. Este microcosmos, entonces, se empequeñece; se ve reducido a funciones locales cada vez más inmediatas y sin horizontes; con un practicismo de corto alcance; con una docilidad al Estado y a las políticas de Gobierno que hace el más flaco servicio precisamente al Estado y al Gobierno, porque lo que éstos más que nada requieren es el ejercicio autónomo de las capacidades originales de la Universidad. La Universidad intenta, entonces, sustituir con la tecnología y el profesionalismo los valores del espíritu que hacen humanas las tecnologías y profesiones; o pretende cultivar esos valores con una ideología de circunstancia o una simple demagogia académica, o creyendo que la pura sumisión escolástica puede dar testimonio intelectual de la verdad.

La misión de la Universidad se ha hecho hoy extremadamente compleja y difícil de cumplir. En todas partes la institución ha decaído por mil razones. Pero su recuperación es imperiosa. Por ella pasan, hoy quizás como nunca, los hilos de todas las estructuras de la sociedad, el curso de la historia en tanto cultura de los pueblos, los hilos de las ciencias, del pensamiento y, en fin, primordialmente, la formación superior del hombre. El problema, a mi juicio, atañe primordialmente a la inteligencia y al orden del saber que ella instituye.

Muchas veces se ha intentado en los últimos años, en éste y otros lugares del planeta, el diagnóstico y la crítica de la Universidad. Los síntomas de sus males ya no se ocultan a nadie y hasta se exhiben con impudicia. No es el momento de repetirlos, uno por uno, otra vez. Pero quisiera decir cuán difícil resulta hoy en Chile situar a la Universidad en su quicio, por la desgarradora presión que sobre ella ejercen dos fuerzas contrarias que la desquician, o bien dejándola más acá de sí misma, o llevándola fuera de sí. Esto ocurre, en términos más concretos, porque los primeros años universitarios tienden a convertirse en soluciones de reemplazo para las fallas estructurales de la enseñanza media y porque —como consecuencia fatal de eso mismo— los últimos años universitarios quedan forzados a completar apresuradamente una capacitación profesional a la que se mira como la responsabilidad específica de la Universidad.

La Universidad queda, entonces, edificada en el lugar ninguno. Y no será posible hacerle un lugar real mientras quienes lleguen a ella carezcan de la formación básica requerida y quienes salgan de ella hayan de hacerlo prematuramente instruidos nada más que en algunas prácticas de inmediata aplicación.

La recuperación de la Universidad creo que no se logrará mientras ella no sea capaz de recuperar para sí lo que llamaría la agilidad natural de la razón y la conciencia profunda de su sentido por el ejercicio de un conjunto de disciplinas apropiadas, rigurosas, oportunas, que desde los primeros años de la vida la pongan vigorosamente en acción y le den forma. Temo, sin embargo, que debamos aceptar que esa recuperación no vendrá de la Universidad misma, a menos que ella se disponga resueltamente a hacer algunas experiencias decisivas, para las cuales siempre, y en principio, se ha mostrado más bien miedosa, como sucede con las máquinas burocráticas atascadas de intereses creados.

ANTONIO MILLAN PUELLES, La función social de los saberes liberales, Madrid, 1961.

es conveniente a la sociedad que haya entre sus miembros quien conserve el depósito de los valores especulativos necesarios para la misma definición del bien común práctico y para la defensa de los principios en que ella se apoya. Y de tal conveniencia surge, en su caso, la obligación, para el intelectual que cultiva esos valores, de proclamarlos y defenderlos en beneficio de la sociedad entera y aun cuando hubiese de hacer frente a toda ella o al poder del tirano.

Desde este punto de vista, se comprende la necesidad de que la universidad mantenga su posible independencia respecto a la sociedad, su fuero universitario en el sentido más amplio y profundo. Es claro que una universidad que de entrada se rindiera a las exigencias de la sociedad en que se aloja, difícilmente podría servir bien a esta sociedad. De este modo, en esta independencia de la universidad radica precisamente la principal exigencia de la sociedad misma, su más profunda necesidad, y, por parte de la misma universidad, su más alto servicio.

Pues bien, ¿qué se requiere en concreto para que la Universidad de Chile cumpla la misión que su tradición le impone y que la sociedad chilena reclama de ella? Hay muchas cosas que prefiero no repetir aquí, porque los universitarios las tenemos bien claras. Pero, a la luz de lo que en esta exposición ha sido dicho, podríamos precisar algunas condiciones fundamentales.

Primera: una fuerte, decidida y eficaz apertura a la cultura clásica y a sus disciplinas en todos los niveles de la educación nacional. Esto reclama una comprensión actual de cómo ella puede ser vivida y renovada por nosotros. Y un respeto a lo que llamaría su ética esencial: el desinterés de la teoría. En este sentido, los planes de estudio de la enseñanza media y la formación del profesor, son dos llaves maestras que deben forjarse con máxima sabiduría y prudencia.

Segunda: un discernimiento lúcido, exento de resentimientos y falsas exaltaciones de nuestros reales valores y jerarquías intelectuales y el establecimiento en la Universidad, en función de ellos, de estructuras flexibles llamadas, no a ahogar el poder creador, sino a multiplicarlo y difundirlo. En este sentido, la Universidad debe ser concebida desde su misión esencial y desde sus valores reales, y no desde el presupuesto que haya logrado conseguir sin saber bien para qué.

Estoy plenamente convencido de que los problemas económicos y políticos que la Universidad plantea son el efecto hacia afuera de una concepción deficiente —o inexistente— de su misión. Y que estos problemas se agravan si se pretende resolverlos siempre desde fuera, sea con criterios represivos, o con una comprensión insuficiente de los modos como la Universidad interviene en el mercado social. No creo que éstas sean materias de ley, ni de comisiones deliberantes. Han de ser el fruto de acciones reales desencadenadas al interior de la Universidad, y por sus mismos hombres, las únicas capaces de dar forma a la institución. Cuya ausencia, añadiría, la convierte en foco constante de irritación social.

Esas acciones suponen y requieren a lo menos dos cosas que quisiera destacar. El respeto al individuo, el sentido del poder creador de la individualidad como expresión de una comunidad con raigambre histórico y como refinamiento de conductas ejemplares. Y, enseguida, la más activa, constante y seria confrontación internacional, no en los términos alienantes de la sociedad de consumo, que campea en las industrias de la cultura, ni en las formas del arribismo académico, sino como búsqueda de una medida justa para afianzar nuestras formas de cultura.

Y, en fin: un libre y profundo designio, de aquellos, que, cuando han sido vividos por una comunidad espiritual, han forjado la institución universitaria como una energía capaz de recrear en el tiempo histórico, desde el orden invisible del espíritu y en las formas concretas de la vida humana, una patria común.

JUAN ANTONIO COLOMA, Desagravio y reafirmación juvenil en la U. Católica, El Mercurio, 13.VIII.77

Hoy más que nunca, emergen en toda su validez los principios del gremialismo universitario, para señalarlos que la Universidad sólo puede servir auténticamente a la comunidad nacional, en la medida en que se oriente lealmente hacia la obtención de sus objetivos propios y específicos.

Ninguna sociedad puede progresar si no se respeta la diversidad de las variadas expresiones que la integran, y si cada una de ellas no tiene la fuerza interior para dignificar su propia naturaleza y vocación. La verdadera autonomía de los cuerpos intermedios de la nación, más allá de su simple enunciación en declaraciones o normas jurídicas, adquiere realidad y sentido cuando cada una de dichas entidades es capaz de conquistarla, dentro de un régimen de efectiva libertad que se lo permita y garantice.

Los países requieren de centros de reflexión y de análisis científico y social, que trascienda la mera contingencia y que sean capaces de apuntar hacia lo permanente o lo

esencial. Y entre esas instituciones deben ciertamente estar sus universidades.

Crear que ello las aleja del acontecer social es olvidar que éste siempre termina siendo determinado por el poder de aquellas ideas y conductas que son capaces de marcar un rumbo duradero y profundo a la vida de los pueblos, y no por las agitaciones, consignas o ilusiones emocionales, que desaparecen con la misma rapidez de los fuegos de artificio.

Porque perdieron esta noción fundamental, y se dejaron instrumentalizar por los gobiernos o los partidos políticos de turno, fue que nunca nuestras universidades tuvieron en su conjunto menos peso conductor y menos autonomía real que durante el periodo de la llamada Reforma Universitaria, entre 1967 y 1973, aun cuando atestaran con sus pugnas, elecciones y asambleas, el mundo de la noticia periodística.

Precisamente las únicas excepciones a este fenómeno se dieron en aquellos centros y sectores universitarios que lograron sobreponerse a la instrumentalización político-partidista, ya que en el resto, hasta los mejores universitarios fueron precipitados a una constante lucha por el poder, indispensable para sobrevivir, pero incompatible con la tarea de hacer Universidad.

Y es que sólo quien es capaz de forjar una opinión propia, por encima de los vientos pasajeros de la calle, puede realmente hacerse acreedor a ejercer la autonomía verdadera, que es aquella que emana de la capacidad y de la libertad para crear.